

CRÍTICAS

Sócrates 43 años después

TEATRO

Sócrates. Juicio y muerte de un ciudadano

Autores: M. Gas y A. Iglesias

Dirección: Mario Gas

Lugar y fecha: Grec. Teatre Ro-mea (hasta el 2/VIII/2015)

JOAN-ANTON BENACH

Recordaba la otra noche, la alba figura de Adolfo Marsillach, con su bien planchada túnica, rodeada por un aura a medio camino entre el engreimiento y la santidad, avanzando hacia el público desde el centro del escenario del Poliorama. El actor y director, gran presumido y, al mismo tiempo, gran tímido, gastaba entonces una emperejilada prosopopeya escénica por la cual a menudo circulaba un cierto artificio. De eso hace 43 años, un tiempo más que suficiente para que la memoria otorgue indebidamente falsos defectos o falsas virtudes a aquel Sócrates que había escrito Enrique Llovet. Creo recordar, sin embargo, que el texto del espectáculo, donde el dramaturgo, más allá de la imaginación, había utilizado los *Diálogos* y el *Apología socrática* de Platón, me pareció muy interesante, y con esta impresión la

otra noche me aboqué con avidez sobre lo que Mario Gas y Alberto Iglesias han escrito para *Sócrates. Juicio y muerte de un ciudadano*.

En el programa de mano, Mario Gas no se priva de mencionar la ristra de clásicos que han sido utilizados a la hora de construir la propuesta: además del inevitable Platón, habla de Jenofonte, Diógenes, Laerci, Aristófanes “y otros”, porque de Sócrates, dice, “se ha seguido escribiendo hasta nuestros días”. Y bueno, con todos estos apoyos era justo esperar que el juicio y la condena del primer filósofo de Grecia ocurriera en una exuberante y entretenida exposición dialéctica, una expectativa, sin embargo, que no me pareció que quedara satisfecha. En el proceso público que acabará con la sentencia de muerte, los acusadores introducen unos cargos principales contra Sócrates, a quien consideran un empeñado corruptor de la juventud y un individuo que demuestra un reproble menorprecio de los dioses. Ahora bien, los autores no acaban de acertar en la defensa brillante que se supone tiene que hacer de él mismo el acusado. Este exhibe una oratoria lo bastante digna, pero no acaba de esgrimir una argumentación rigurosa y sólida. Hablo de aquellas réplicas fulgu-

rantes con la fuerza suficiente para confundir a sus oponentes, y que son la sal y pimienta del género procesal de todos los tiempos.

Sócrates. Juicio y muerte de un ciudadano ofrece, eso sí, una puesta en escena de un gran dinamismo, a pesar de las limitadas opciones del único espacio escénico donde se celebra el juicio. Los episodios enlazan con habilidad, evitando la sensación que una controversia entre acusadores y acusado repite el formato de la de antes o de después. Mario Gas, uno de los más importantes directores de actores del país, consigue que profesionales con una poco dilatada trayectoria, como Guillem Motos, ofrezcan el mejor trabajo de su tierna carrera. En una interpretación de conjunto excelente –que deseáramos más numerosa para acentuar el dramatismo del histórico proceso–, y que cuenta con aportaciones tan sólidas como la de Carles Canut, tiene que destacar lógicamente la de un espléndido Josep Maria Pou. He ahí un Sócrates desenvuelto e irónico, enérgico y afable, de maneras sencillas y modestamente preparado, como corresponde a un pensador cerca del pueblo, muy lejos de los aires distinguidos que adoptó en su día el malogrado amigo Marsillach. ●